

EDITORIAL

Es un hecho que la indiscutible *importancia* de la catequesis ha calado hondo en la conciencia actual: se escribe sobre ella, se la estudia de diversos modos y hay centros superiores destinados a su cultivo.

El campo es vasto. Podríamos hablar de la más temprana de las catequesis y una de las más importantes: la catequesis familiar. Hay también la imprescindible catequesis parroquial. Pero la parcela más estructurada y con más puntos en los horarios es, sin duda, la *catequesis escolar*. Su papel es capitalísimo en la formación cristiana. A ella, sobre todo, quisiéramos dedicar nuestros esfuerzos.

Quehacer amplio. Todas las facetas de esta unidad activa merecen nuestro más vivo interés: el catequista o portador de la buena semilla; la catequesis o sementera; los distintos campos sembrados y en trance de frutecer; la organización y los métodos, que son —en lo humano— como el sol copioso y el buen tempero. Este es, con trazos de sabor evangélico (como el título de la revista), nuestro *programa*. Y en tér-

minos más escuetos: el catequista, el catequizando, la catequesis propiamente dicha, orientación catequístico-pedagógica, organización, y, como complemento que nos haga vibrar hermanados con los demás, otras dos secciones: crónica y bibliografía.

Pero, como dice Pío XI en la «Divini illius Magistri»: «No basta el solo hecho de que en ella se dé instrucción religiosa (frecuentemente, con excesiva parsimonia) para que una escuela resulte conforme a los derechos de la Iglesia y de la familia cristiana y digna de ser frecuentada por alumnos católicos. Para ello es necesario que toda la enseñanza y toda la organización de la escuela —maestros, programas y libros, en cada disciplina— estén imbuidos de espíritu cristiano bajo la dirección y vigilancia maternal de la Iglesia, de suerte que la religión sea verdaderamente fundamento y corona de toda la instrucción, en todos los grados, no sólo en el elemental, sino también en el medio y superior.»

Sería, pues, injusto y funesto desvincular la catequesis del resto de la enseñanza. Nuestra perspectiva y nuestra acción deben extenderse a toda la actividad escolar. Y entonces resulta más exacto hablar de formación o *pedagogía religiosa* —nuestro subtítulo— que de sólo catequesis. Pedagogía religiosa en sí y en sus inevitables e importantes relaciones con la teología, la psicología, la espiritualidad, el Derecho canónico y las diversas disciplinas escolares. *SINITE interesará* a todos los que, en alguna manera, tengan una misión orientadora en el campo educativo; y de modo particular a los catequistas de toda clase y a los maestros.

Delimitado ya el campo, surge una pregunta, cargada de responsabilidad y de inquietudes: ¿Qué es lo que más necesitan la catequesis, la pedagogía religiosa? En la concavidad de este interrogante se esconde la vieja encrucijada de tantos caminos de la vieja humanidad: ¿lo teórico o lo práctico?

Lo teórico y lo práctico no se excluyen: en toda

doctrina catequística debe latir el afán viril de llegar a la fecundidad de las obras; y en lo íntimo de toda práctica yace un fulgor de teoría, como un alma pequeña y recatada, pero hermosa y potente. Doctrina y práctica se complementan. Mas, ¿qué debe ser aquí lo principal?

Creemos que la mayoría de los elementos prácticos (esquemas, diseños, ejemplos, etc.) logran su máximo rendimiento en forma de ficha; las fichas son más fáciles de llevar a clase, más individuales que las revistas, más clasificables en grupos homogéneos. Por tanto, lo «práctico» (así entendido) quedará, sobre todo, para el *Fichero Catequístico «La Salle»*; y para SINTE queda especialmente lo doctrinal —que también es práctico—. Ambas publicaciones forman una unidad inseparable.

Teoría y práctica: una encrucijada. No una encrucijada de caminos horizontales y divergentes, sino una encrucijada vertical de caminos superpuestos —cada cual en su plano—, pero íntimamente penetrados en enriquecimiento mutuo.

Hermosa parte la de SINTE: dilatar horizontes, sembrar espíritu, multiplicar raíces; sajar la epidermis de las cosas y bucear hacia las zonas íntimas de la verdad y los valores; sin esta recapitulación bruñidora no hay ideal que resista el desgaste cotidiano, ni apostolado que se libre de vejez prematura. Hermosa parte, por cierto, aunque exija, como muchas obras grandes, lentitud y sabia espera: una asimilación más lenta y un fruto sin prisas, a largo plazo, pero ubérrimo y cierto.

Este será, *modestamente*, nuestro camino. Modestamente, es decir, con gozosa sumisión a los que por querer divino son representantes de Dios, y también con el gesto abierto de quien no ha llegado aún, sino que busca todavía y agradece siempre, a fuer de caminante, toda ayuda, toda indicación que se le haga y todo lo bueno que encuentre en el camino.

No es, pues, nuestro propósito reemplazar otras pu-

blicaciones; pues, o bien son éstas de distinto campo, o bien es tan ancho el campo mismo, que en él cabemos todos. Así, fraternalmente, el camino será más grato y el beneficio doble, como ocurre, por no citar más que un ejemplo, con la prestigiosa revista *Educadores* (que no tiene fin exclusiva ni predominantemente catequístico): muchos de los que escriben en ella son también redactores de SINITE.

SINITE no tiene más que una razón de ser: la *gloria de Dios*. El Señor se digne bendecir ampliamente sus esfuerzos y darle, con mano generosa, auténtica inquietud apostólica, amplitud de miras, entusiasmo y afán de superación, constancia, sinceridad y valentía.